

muchos perecieron muy pronto, cosa que yo no me explico bien, pues aunque se posaban en las paredes internas de aquellas no se podían herir, siendo probable que la pena de verse cautivos les ocasionara la muerte. Varios de los que me presentaron estaban ya moribundos, y los mas de los otros perecieron en las primeras veinticuatro horas. No hacían caso alguno de las perchas donde se posaban sus compañeros, y se daban golpes contra las paredes. Revoloteaban bastante tiempo delante de ellas; luego bajaban lentamente, agitando las alas, y caían al fin sin fuerzas, pero se levantaban pronto para volar de nuevo junto á la pared; á veces



Fig. 124.—EL OXIPOGON DE LINDEN

caían detrás de los cofres ó cajas que había en la habitación, y no teniendo allí espacio suficiente para remontarse, morían sin auxilio. Tal fué la suerte de muchos; así es, que de los veinticinco colibrís que me presentaron, solo pude conservar siete.

»Debo advertir que estas aves difieren en cuanto al carácter: las unas estaban tristes y melancólicas; otras manifestaban mucha timidez, y las demás mostrábanse dóciles y alegres desde los primeros momentos de su cautividad.

»Adopté un plan muy sencillo para acostumbrarlas á la habitación y enseñarles el vaso que contenía el jarabe. Cuando se abría la cesta donde las llevaban, solían volar hácia el techo, rara vez á la ventana; al cabo de pocos instantes comenzaban á rozar las paredes con el pecho ó el pico; y fijando un poco la atención, era fácil reconocer cuándo comenzaban á cansarse. En aquel momento, dejábanse coger, por lo regular, y se les podía colocar sobre el dedo. Entonces me ponía un poco de azúcar en la boca, é introducía su pico entre mis labios. Algunos comenzaban á chupar desde luego;

pero con mas frecuencia era preciso excitarles repetidamente, si bien se acostumbraban todos al poco tiempo. Conseguido esto, colocaba el colibrí sobre la percha, y si tenía buen carácter, quedábase en ella; despues le presentaba un vaso lleno de jarabe, y bastábale probarlo una ó dos veces para saber buscarle luego, pudiéndose considerar ya como domesticado. A partir de aquel instante, el colibrí no hacía ya mas que volar por la habitación, descansando por momentos en su percha. A veces se perseguían dos individuos mutuamente: parecióme que lo hacían por divertirse; pero una observación mas minuciosa me demostró que solo volaban para cazar insectos invisibles á nuestra vista; á menudo oí cómo chasqueaban su pico, y una ó dos veces observé que cogían moscas, bastante grandes para poderse ver. Por lo regular no volaban largo tiempo sin descansar un poco; solo franqueaban una distancia de dos piés, y volvían despues á su sitio, como lo hacen los papamoscas. Por lo demás, los colibrís se pueden considerar como papamoscas muy perfectos; yo calculo, tomando las cifras mas bajas, que una de estas aves coge al menos tres insectos por minuto, casi sin interrupción, desde las primeras horas de la mañana hasta la tarde. En el estado libre, sus cacerías, sobre todo las que practican de esta suerte, son tal vez menos fructuosas, y por eso se alimentan principalmente de los insectos pequeños que encuentran en el interior de las flores; pero sus movimientos en tales casos son los mismos que los del colibrí cautivo. Mis aves volaban también á veces junto á las paredes y recogían las moscas prendidas en las telas de araña.

»Su manera de beber era muy curiosa: no volaban directamente hácia el vaso del jarabe, sino que describían sobre él de doce á veinte vueltas en espiral, una mas baja que la otra; bebían con frecuencia, pero muy poco á la vez, lo cual no era obstáculo para que cinco individuos apurasen en un día un cortadillo; sus excrementos eran líquidos y de la misma consistencia que el jarabe que bebían.

»Hasta una hora bastante avanzada de la tarde no se entregaban al descanso; á la del crepúsculo seguían cazando todavía; y ni aun por la noche estaban tranquilos, bastando la menor cosa para excitarlos. Si se entraba en la habitación con una luz, despertábanse uno ó dos; parecían entonces tan salvajes como en el momento de cogerlos en el campo; volaban contra la pared, y si no se tenía cuidado, moríanse de miedo.

»Una vez acostumbrados mis colibrís á su habitación, puse cinco en una gran jaula, uno de cuyos lados estaba provisto de una red metálica. Inspirábame algun temor este cambio, y por lo mismo no hice la prueba hasta la tarde, esperando que la noche los calmara. Antes de esto, habíales acostumbrado poco á poco á ir á beber jarabe á la jaula, de modo que no debía ser para ellos un albergue desconocido. Cuando cerré la puertecilla revolotearon un poco por todos lados; pero al día siguiente tuve el gusto de verlos á todos posados en sus perchas, y bebiendo en el vasito del jarabe. Poco despues introduje en la jaula otros dos machos, y mas tarde una hembra; al otro día se había acercado esta á un colibrí de larga cola, que ocupaba él solo una de las perchas, y esforzábale por despertar su amor. Saltaba sobre el palito tan cerca del macho, que le tocaba siempre; provocábale con sus juegos, agitaba las alas, volaba por encima de él, y hacia ademán de posarse sobre su lomo. Con gran sentimiento mio, el macho se mostró muy descortés, ó por lo menos indiferente á tantas pruebas de ternura.

»Esperaba poder llevar mis colibrís á Inglaterra, y creí que estaban vencidas las mayores dificultades; pero mis ilusiones debían desvanecerse. Apenas habían estado una semana en jaula, comenzaron las desgracias: perdí dos cada día; á la se-

mana siguiente, solo me quedaba un individuo, y aun este debía seguir bien pronto la suerte de sus compañeros. Procuré adquirir mas, aunque inútilmente, pues había pasado ya la estación de la caza. La imposibilidad de hallar bastante número de insectos fué, á no dudarlo, causa de la muerte de mis cautivos: bebían jarabe; pero esto no bastaba para conservarlos. Todos murieron muy enflaquecidos, y su estómago estaba tan acorchado que apenas se podía reconocer: en una habitación habrían podido cazar algunos insectos; en una estrecha jaula no tuvieron ya este recurso.»

Yarrell cree que sería posible acostumbrar á los colibrís pequeños que se cogen en el nido á que se alimentaran con jarabe: al decir esto solo prueba una cosa, y es que no ha visto nunca individuos vivos. A los perros se les puede nutrir algun tiempo con azúcar; pero solo se consigue con esto prepararlos para la muerte. A mí no me cabe duda que es completamente imposible conservar colibrís sin darles mas que miel y azúcar, aunque se les podría acostumbrar á otro régimen.

Al principio sería necesario darles larvas de hormiga,

que se reemplazarian mas tarde con bizcocho mezclado con yema de huevo; para hacérselo comer sería preciso recurrir al medio indicado por Gosse; en verano convendría darles flores frescas. De este modo creo que se podrían traer colibrís vivos á Europa, y conservarlos, por lo menos algun tiempo. El experimento de Gould viene á probar la posibilidad de lo que ahora digo.

«Mis colibrís de América, dice este autor, estaban muy domesticados: los tenía en una jaula de doce pulgadas de largo por siete de ancho, y ocho de altura; en el interior había una ramita de árbol de la que pendía un frasco de vidrio, el cual llenaba yo todos los días de jarabe y yema de huevo. Este alimento parecía convenir perfectamente á mis cautivos, al menos mientras recorriamos la costa de América, y cuando atravesábamos el Atlántico; mas apenas hubieron de sufrir la influencia del clima de Europa, y al llegar á la altura de la costa occidental de Irlanda, presentaron síntomas irrecurables de extenuación, y no se recobraron mas. Conseguí, no obstante, llevar uno vivo á Londres; pero murió al siguiente día de su llegada.»

#### CUARTO ORDEN

### PÍCIDOS — PÍCI

Por la misma razon que consideramos á los loros y á los colibrís como órdenes especiales, formaremos tambien otro independiente con la generalidad de los pícidos. La mayor parte de los ornitólogos no son de este parecer, pues agrupan los loros con los pícidos y una gran parte de los leviostros; si bien parece que la opinion de que los loros, pícidos y cucúlidos tienen poco de comun va ganando cada vez mas y mas terreno. En efecto, los pícidos forman un grupo tan distinto de los demás, que no creemos incurrir en error al elevar este grupo al rango de órden. Si los examinamos de cerca, los pícidos ofrecen una estructura tan especial, y por lo tanto un género de vida tan diferente, que no pueden clasificarse con otras aves trepadoras.

**CARACTÉRES.**— Los pícidos tienen el cuerpo prolongado; el pico fuerte, recto, cónico, de arista dorsal aguda y punta acerada; las patas cortas, robustas y vueltas hácia dentro; los dedos largos y opuestos dos á dos, con los dos anteriores soldados entre sí, hasta la mitad de su primera falange. En estas aves, el dedo anterior externo, que es el mas largo, está inclinado hácia atrás, y situado junto al verdadero dedo posterior, mucho mas pequeño que el otro, pudiendo suceder que este sea rudimentario, en cuyo caso solo tienen tres dedos, provistos todos de uñas muy grandes, fuertes, aceradas y encorvadas en semicírculo. Las alas, de mediana extension y un poco redondeadas, tienen las diez rémiges primarias angostas y puntiagudas; las nueve ó doce secundarias mas anchas, y un poco mas cortas; la primera rémige es muy pequeña, la segunda mediana, y la tercera ó la cuarta mas larga que las otras. La cola se compone de rectrices muy flexibles y elásticas, de bardas apretadas, aglutinadas entre sí en su mitad basilar, con barbas mas espesas, libres en su mitad terminal, é inclinadas hácia abajo, de manera que comunican

á la pluma el aspecto de un tejadillo, representando el tallo la arista. Debajo está la segunda rectriz media, cuya conformación es la misma; y mas inferiormente se halla la tercera: á esta última se parece la cuarta rectriz de cada lado; pero la quinta presenta la forma ordinaria de estas plumas, y la sexta tiene una estructura particular.

En el plumaje falta casi del todo el plumon, y de consiguiente predominan las plumas exteriores, que se distinguen por su escaso tallo; son pequeñas en la cabeza, ovales y prolongadas á menudo en forma de moño, divididas á manera de cabellera y muy espesas; en el tronco son anchas, cortas y escasas, dispuestas en varias placas, entre las cuales la mas notable es la que casi siempre se extiende sin division alguna hasta los omoplatos, donde á menudo forma dos campos laterales. Una de las placas ocupa por lo regular el centro de los hombros; desde la base del pico hasta el occipucio corre una línea desprovista de plumas.

En medio de todas las variaciones de plumaje, manifiéstase en él cierta uniformidad: los sexos se distinguen generalmente por la coloración de la cabeza. Mejor que en toda otra familia, es posible dividir los pícidos en varios grupos, segun su color; siendo ya antigua y conocida la clasificación en picos negros, verdes, abigarrados, etc.

Los órganos internos de estas aves presentan tantas particularidades como los externos. El esqueleto es de graciosa forma; el cráneo de tamaño regular; la coronilla muy abovedada; desde los huesos nasales corre por ambos lados hácia atrás una especie de faja, en cuya parte exterior hay un surco que recoge las extremidades del hueso de la lengua; el cartilago de las órbitas solo presenta una abertura; el esfenoides se compone de dos huesecitos colocados uno junto á otro ó separados; el palatino se estrecha en ambos lados